

Morir con dignidad

Héctor Aguilar Camín

Palabras para el simposio conjunto Morir con dignidad, en la Academia Mexicana de Medicina, Ciudad de México, 18 de marzo de 2015.

He acompañado cuatro muertes que la sabiduría médica hubiera podido acortar y aliviar.

La primera en el año de 1982 mientras convalecía de la operación de un quiste pilonidal. Volví de los anestésicos antes del amanecer en medio de los aullidos de una mujer que agonizaba en la cama vecina. Nos separaba sólo una de esas altas cortinas con ruedas que hay en los hospitales. La mujer tomaba aire roncamente y lo exhalaba en una queja entrecortada y repetida, como su respiración. Cada tanto oía su voz exhausta y desfalleciente decir :“Déjenme. Déjenme”. Al amanecer oí a través de la cortina que su médico y sus hijos decidían ponerle una transfusión . Me cambiaron de pabellón por la mañana y me dieron de alta al día siguiente. Antes de irme pregunté a la enfermera por la mujer que había oído agonizar junto a mí. Me dijo: “Esta madrugada descansó”. Hice mis cuentas: sus hijos y su médico le habían regalado un día más de insoportables dolores terminales.

Segunda: En el mes de octubre del año 1991 mi tía Luisa Camín ingresó de urgencia al Hospital Inglés con un cuadro agudo de peritonitis. La salvaron de la peritonitis mediante una operación de varias horas. Salió del quirófano

